

Al Fífolgel castiga y atormenta,  
 Recordándole aquella tiranía,  
 Cuando en el campo cútico murieron  
 Los piojos que á la pulga ayuda dieron.  
 La endiablada Meguera á las hormigas  
 Les trae á la memoria el grande estrago  
 Que hicieron las canallas enemigas  
 Cuando chuparon de la sangre el lago:  
 Que nunca en tantas bélicas fatigas  
 Ellas se vieran si en el día aciago  
 La nube de las moscas no llegara  
 Y la sangre pitónica chupara.  
 En lo interior del ánimo predica,  
 Y á los sentidos de la hormiga gente  
 Mil figuras diabólicas aplica,  
 Incitadoras de furor ardiente:  
 El suceso feroz les pronostica,  
 Y aquí y allí volando diligente,  
 Royendo fuertes corazones, pasa,  
 Y en colérico fuego los abrasa.  
 « Mirad, secretamente les pregona,  
 Que sois sangre sin par de aquella bestia  
 Que al soberano parto de Latona  
 Pudo causar temor y dar molestia:  
 Pues si esto, hormigas, vuestra fuerza abona,  
 Solo podrá servir vuestra modestia,  
 Si os haceis miel, de que la mosca os coma;  
 Que ya el camino para hacerlo toma. »  
 Ya del infame tósigo y veneno  
 Por las fieras hermanas esparcido,  
 El un campo y el otro estaba lleno  
 Y á la campal batalla apercebido:  
 Ya vomitaron del furioso seno  
 El rencor que del reino del olvido  
 Las tres sembraron, que en los pechos fuertes  
 De la chusma produjo horrendas muertes.  
 Ya las chicharras con estruendo y grita  
 Están las duras erres redoblando,  
 Y la caterva bélica infinita  
 Los soberbios escudos embrazando:  
 La voz á los sonípedes incita,  
 Y por salir furiosos relinchando,  
 Espuma vierten y los frenos muerden,  
 Y con la alteracion el órden pierden.

¡ Ay, ay, hormigas! De tan fiera Erine  
 ¿ Quién habrá de vosotras que se esconda?  
 ¿ Quién que la tierra con sus uñas mine  
 Sin que el hado comun le corresponda?  
 Mas ¿ á qué parte iréis donde no atine  
 Némesis la soberbia con la honda  
 Que ya á su dedo con rigor enlaza,  
 Con que la muerte á todos amenaza?  
 Ya el enemigo que salgais aguarda;  
 Ya avisan las chicharras la salida;  
 Ya soplan las Euménides porque arda  
 La llama en vuestros pechos encendida:  
 Solamente mi pluma se acobarda;  
 Sin entrar en batalla va vencida;  
 Pero démosle un corte; que con tanto  
 Saldrá ligera y perderá el espanto.

## CANTO XI.

Polimnia, tú que tus virgíneas sienes  
 Del incorrupto lauro, eterna gloria  
 Del sacro Febo, coronadas tienes,  
 Que eternizan en tí fama y memoria:  
 Si á dar ayuda á quien te invoca vienes,  
 Presto tendrá dichoso fin la historia  
 A quien con tu favor principio diste,  
 Porque sus trances y remates viste.  
 Si acaso inspira tu memoria eterna,  
 Y fuerza prestas á la flaca mia,  
 Que en este mar inmenso se gobierna  
 Por tu espíritu manso que la guia;  
 Si en un estrago tal la sed interna  
 Que el vil temor en sus entrañas cria,  
 El aura dulce de tu aliento apaga,  
 Avivando mi voz, que el miedo estraga;  
 ¡ Qué de sucesos varios y inauditos  
 El alma me estimula que prometa,  
 Por histórica pluma nunca escritos,  
 Ni por voz modulados de poeta!

¡Qué de golpes horrendos, infinitos,  
Que obligaron al délfico planeta  
A cerrar las cortinas de su coche,  
Dejando al mundo en tenebrosa noche!

Al principio, Libétride, en mi idea,  
Que el concepto confuso me enseñaste  
Desde el principio que de la Mosquea  
La formación y círculo notaste,  
En tus manos el agua, hermosa dea,  
Favores soberanos me enviaste,  
Y fué tan poca, que, contando estragos,  
Se me acabó el licor á pocos tragos.

Mas ya que á cosas grandes me adelanto,  
Y tan cercano de la vista tengo  
El sumo miedo y el mayor espanto,  
Y que casi temblando á cantar vengo;  
Para que más feliz prosiga el canto,  
Musa, mayores ruegos te prevengo;  
Que si su fuerza á tu deidad inclina,  
Saldrá mi voz alegre y mas ladina.

No pido de Aganipe ni Sebeto  
Para mis cantos el cristal del agua,  
Ni la que tuvo del caballo efeto,  
Que la alta cumbre de Helicon desagua;  
Que aunque pudieran en cualquier aprieto  
Matar el fuego de mi ardiente fragua,  
Y especial este en que mi pecho teme  
Que envuelto en fuego bélico se queme;

Pero porque el valor y esfuerzo sobre  
Cuando más en la horrisona pelea  
Me sobresalte el miedo, y fuerzas cobre,  
Donde la tuya sin igual se vea;  
Al que, de aliento y de conceptos pobre,  
Implora tus favores y desea,  
Con mayores ventajas los aplica,  
Y tus gracias reparte y comunica.

¿Es posible que no tiene el Piério  
Ni el alto Citeron adonde quepa  
Para un necesitado ministerio  
La fructifera parra y fértil cepa?  
¿Es posible á quien tanto el hemisferio  
De vuestros montes sacrosantos trepa,  
Que en su círculo y máquina redonda  
Esta divina planta se le esconda?

Y si á tu vista se descubre acaso,  
Y del licor que largamente arroja  
Desde la excelsa cumbre del Parnaso,  
Favorecer mis ruegos se te antoja;  
Si dél me ofreces el colmado vaso,  
Y mis livianos su licor remoja,  
Presto verás lo que en acentos obro,  
Las grandes fuerzas y el vigor que cobro.

Verás, hermosa ninfa, cómo saco  
La voz alegre al canto que pretendo,  
Y de módulos lleno el aire opaco,  
Con que mi acento en su region extiendo:  
El vivo aliento de mi pecho flaco  
Saldrá, y verás que el furibundo estruendo  
De la bélica fuerza que describo  
No sale un punto del origen vivo.

Si el sacro humor en mi interior destila,  
Verás al mismo instante, ninfa sábia,  
Cómo al entendimiento despabila  
De la ignorancia que su luz agravia;  
Verás, como miraste á la Sibila,  
Mi pecho lleno de inaudita rabia,  
Y el divino furor de la Cumea  
En los visajes de mi cara fea.

Mas ya los truenos con su grito avisan  
A mis sentidos que la chusma llega,  
Y unos con otros los contrarios pisan,  
Dando principio á la sin par refriega:  
Ya acelerados los caballos pisan,  
Y la vista del cielo el polvo niega,  
Y ya en los altos y profundos centros  
Retumban los intrépidos encuentros.

La espuela el fuerte Asinicedo arrima  
Al ligero pulgon, que al punto vuela;  
Miraló el crudo Fífolgel, y anima  
Su caballo langosta con la espuela:  
Si el soberbio mosquito pone grima,  
La sangre el piojo á quien le mira hiela;  
Sigue al valiente Cénzalo su gente,  
Y su caterva al montañés valiente.

Resuena el grito en el altivo polo  
Que tanta gente desde el suelo envía;  
Túrbase entonces la region de Eolo  
Con tan súbita y grande vocería:

Entre nubes de polvo el claro Apolo  
 Metió su cara, oscureciendo el día,  
 Y al són de las trompetas y atambores  
 La tierra se espantó con mil temblores.  
 Parten á darse los primeros botes  
 De las lanzas los fuertes caballeros,  
 Cercanos ya por los ligeros trotes  
 De sus bravos caballos y ligeros:  
 Llegan diciéndose injuriosos motes;  
 Y para herirse los caudillos fieros,  
 En los estribos con furor se plantan,  
 Y airados de la silla se levantan.  
 Baja su lanza el capitán mosquito,  
 Que era de un caracol el cuerno largo,  
 Y el Fífolgel la suya de hito en hito  
 Le encara, y pone á su carrera embargo:  
 Navegara las ondas del Cocito  
 El rey mosquito, que en el trance amargo,  
 Si acaso de la silla no se arroja,  
 El piojo de la vida le despoja.  
 Del pobre Asinicedo dió tal vuelo  
 El asta, en mil pedazos dividida,  
 Que á parecer la luna por su cielo,  
 Muy bien pudiera ser de alguno herida;  
 Pero la tiesa lanza, que en el suelo  
 Al mosquito tendió casi sin vida,  
 Por ser de una cigarra zanca fuerte,  
 Era más propia para dar la muerte.  
 Volando pasa el temerario piojo,  
 Y á la cénzala gente airado mira,  
 Y envuelto en rabia, cólera y enojo,  
 Por todas partes espantado gira:  
 El campo deja con la sangre rojo,  
 Que vierte de los cénzalos su ira,  
 Y semivivo el rey Asinicedo,  
 Entre muertos mosquitos se está quedo.  
 Mézclanse con los unos los contrarios,  
 Y todos juntos con furor se pegan  
 Golpes tan sin piedad y temerarios,  
 Que los ecos sin duda al polo llegan:  
 Los unos y otros con lamentos varios  
 De los adversos ímpetus reniegan,  
 Y al cielo vuela, y desde el suelo sube  
 De las quebradas lanzas una nube.

Quando desde su puesto el rey Mirpredo  
 Los cénzalos miró desbaratados,  
 Y en tierra á su bastardo Asinicedo,  
 Y del piojo los golpes tan pesados,  
 No sufrió su valor estarse quedo;  
 Y animando la voz á sus soldados,  
 Contra el gran Fífolgel furioso arranca,  
 Sin temor de su fuerte lancianza.  
 Caballero en un zángano acomete;  
 Y del Mirnuca su partida vista,  
 Gente furiosa con los piojos mete,  
 Que el furor mirmiliónico resista:  
 Sobre un alado y largo caballete  
 Manda á la pulga que furiosa embista,  
 Y el caballo sin par, alzando el vuelo,  
 Lleva sobre su lomo al Caganielo.  
 Es este caballete única y sola  
 Bestia sin otra alguna semejante,  
 Con alas altas y poblada cola,  
 Presencia y cuello erguido y arrogante:  
 Su lanza sobre el zángano enarbola,  
 Contra la pulga puesta por delante,  
 El Mirmilion; pero la pulga al punto  
 Su lanza pone con su brazo á punto.  
 Arrima el brazo á su derecho seno  
 El fuerte Mirmilion, y el asta aplica,  
 Y con la punta de un soberbio heno  
 El lado diestro al Caganielo pica:  
 El pulga endemoniado, de ira lleno,  
 Sus grandes fuerzas al moscon publica,  
 Rompiendo desde el pecho hasta el coturno  
 El ala del murciélago nocturno.  
 Era la de la pulga lanza fina,  
 Contra cuyo remate no se halla  
 Reparo ni defensa peregrina,  
 Acero duro ni templada malla:  
 De un cardo corredor era la espina  
 Con cuya aguda punta en la batalla  
 Dejara sin remedio traspasado  
 Cualquiera cuerpo de moscon armado.  
 Pasa la fuerte pulga como un rayo,  
 Pensando que dejaba medio muerto  
 Al Mirmilion; y á no darle al soslayo,  
 Que le dejara sin la vida es cierto:

No siente entonces el moscon desmayo;  
 Que en el campo de piojos más cubierto  
 Abre camino, y la caterva aparta,  
 Y los que no, en su lanza los ensarta.  
 Ya las pulgas y fuertes mirmiliones,  
 Los cénzalos y piojos tienen juntos  
 Sus cuatro valerosos escuadrones,  
 Que la muerte se dan por breves puntos:  
 Ya se miran de cuerpos los montones,  
 Piojos, pulgas y cénzalos difuntos,  
 Y otros en sangre de sus cuerpos mismos  
 Nadando con mortales parasismos.  
 ¡Qué de jinetes sin caballos huellan  
 La tierra, mal heridos los pobretes!  
 ¡Qué de caballos sueltos que atropellan  
 Los míseros soldados sin jinetes!  
 ¡Qué multitud de sesos que se estrellan,  
 Sin reparo de duros capacetes!  
 ¡Qué máquinas también de mallas duras  
 Son de los que las visten sepulturas!  
 Como la gente de la Pullia vino,  
 Y al bravo Mirmilion en la carrera  
 Salieron, estorbándole el camino,  
 Porque llegar al piojo no pudiera,  
 El montañés gallardo sobrevino  
 Espoleando su langosta fiera,  
 Y cuando vió la cigarrina zanca,  
 Volvió la bestia zángana su anca.  
 Si el Mirpredo la rienda no revuelve  
 Tras el encuentro de la pulga, es llano  
 Que entre los muertos míseros le envuelve  
 El gran rigor del Fífolgel insano:  
 Deja de perseguirle el piojo y vuelve,  
 Porque no se le pase el tiempo en vano,  
 Y de cénzala turba y mirmiliona  
 Un cúmulo de gentes amontona.  
 Todo lo mira el tábano; y airado,  
 Viendo la extraña mortandad y riza,  
 De su ejército fuerte por un lado  
 Colérico y sañudo se desliza:  
 De su tábana gente acompañado,  
 Con su agudo talon la yegua atiza,  
 La cual, echando fuego por los ojos,  
 Furiosa arremetió contra los piojos.

Cinco cabezas se llevó de un tajo  
 De grandes piojos el soberbio Marte,  
 Abriendo senda, aunque con gran trabajo,  
 Los muchos muertos que dejaba aparte:  
 De una sola estocada ñas abajo  
 Siete pulgas pasó de parte á parte,  
 Y cual si fueran cuentas de rosario,  
 Las ensartó en su filo temerario.

«Aguarda, va diciendo, piojo infame,  
 Aguada, Fífolgel, aguada, piojo;  
 Que quiero que tu sangre vil derrame  
 Hoja que fué del abejon despojo:  
 Aguada, si no temes que te llame,  
 Para que mire con tu sangre rojo  
 El campo donde vuelas por la posta  
 Sobre el lomo veloz de tu langosta.»

Oyó el soberbio montañés las voces  
 Con que el tábano asombra la campaña,  
 Y vuelve á su caballo los veloces  
 Vuelos, y en sangre el acicate baña:  
 «Mal, le responde, bárbaro, conoces  
 El singular valor de la montaña:  
 Presente tienes al que infame nombras,  
 Que ha de enviarte á las eternas sombras.»

Arrojale la zanca de cigarra  
 Al espantable tabanESCO pecho,  
 Que con lucidas armas y bizarra  
 Presencia se partió contra él derecho:  
 El fortísimo peto le desgarró,  
 Que era con arte y con primores hecho,  
 En mil encuentros bélicos probado,  
 Y de un negro vistoso pavonado.  
 De un negro escarabajo la piel dura  
 El cuerpo grande al capitán rodea,  
 Que todo el pecho cubre y la cintura,  
 Sin que miembro sin armas se le vea:  
 Viste su endemoniada catadura  
 De la cerviz abominable y fea  
 Del monstruo mismo que al moscon le viste  
 De negras armas y figura triste.

Tanto temor el tábano inhumano  
 Sembraba con las armas que vestía,  
 Como puso en las gentes el tebano  
 Cuando la piel leona se cubría:

Si le vieran á pié, tengo por llano ,  
Segun lo que á Tirintio parecia ,  
Que por Hércules mosca le tuvieran ,  
Y de espanto de verle se murieran.

Y no se alabará de una lanzada  
Que dió en su peto el Fífolgel valiente ,  
Pues le pagó en lo mismo la peonada ,  
Y en lo que más el fuerte piojo siente :  
Alza su hoja y cortadora espada ,  
Que agravio sin venganza no consiente ,  
Y un tajo sacudió tan sin remedio ,  
Que su escudo partió de medio á medio.

Pareció que no era de una pupa  
Una pesada y defensiva plancha  
De las que el piojo en la cabeza chupa ,  
Tan larga y ponderosa como ancha :  
La carrera de estorbos desocupa  
El tabanisco , y con su espada ensancha ,  
Para pasar su gente echando chispas ,  
Caballeros en rígidas avispas.

Entre las pulgas miserables se lanza  
Con su gran capitán el tabanismo ,  
Y en ellas van haciendo tal matanza ,  
Que el campo vuelven de su sangre abismo :  
Cuando el rey Caganielo á ver alcanza  
La tropa tabanesca , al punto mismo  
La rienda larga al caballete suelta ,  
Y del tropel huyendo , dió la vuelta.

Sigue á la pulga el tábano , y el piojo  
Al tábano persigue , corre y llega ,  
Y allí desquita su pasado enojo  
Del escudo quebrado en la refriega :  
Mira la yegua avispa de mal ojo ,  
Y un golpe con tan gran rigor le pega ,  
Que le vino á pasar una y otra anca  
La punta de su fuerte lancizanca.

Bien corrió el Fífolgel una gran legua  
Con tal lanzada , pues , con ella ufano ,  
Cortó los vuelos á la hermosa yegua  
Que sustentaba al tábano inhumano ;  
Mas ya quebranta la impensada tregua  
El aturdido Cénzalo , que en vano  
Fué sin duda ninguna su caída ,  
Pues de entre muertos sale con la vida.

El fuerte Asinicedo resucita ,  
Y á la pulguina gente más cercana  
Piernas y brazos les desmiembra y quita ,  
Y el suelo sangre de enemigos mana :  
Multiplican los miserables la grita ,  
Oyelo el bravo rey de la tabana ,  
Y parte como un César , y desnuda  
Su espada espino , al rey mosquito ayuda.

Mueve el Mirnuca sus escuadras luego  
Que vió que las del tártaro salían ,  
Y la chusma letiria , echando fuego ,  
Mil encercladas balas les envían :  
Contrarias al estrépito manchego ,  
Coléricas las chinches se desvían  
De su primero sitio , y bien armadas  
Les siguen las hormigas las pisadas.

Viendo el Sicaboron los fuertes hechos  
De los grandes moscones , y que vienen  
Contra sus fuerzas con furor derechos  
Cuántos soldados los contrarios tienen ,  
Anima entonces los hambrientos pechos  
De sus crudos mosquinos , y previenen  
Con rabia inmensa sus agudos dientes  
Para morder los piojos insolentes.

Manda que la manchega y la de Arjona ,  
Y los tercios también de Andalucía  
Lleguen adonde el tábano amontona  
Cuántos la Pullia y la montaña cria ;  
Porque el mismo rey tártaro en persona ,  
En rompiendo la fuerte infantería ,  
Entrará con seiscientos caballeros  
Enseñando á los piojos sus aceros.

Saca su trompa la de Arjona , y de ella  
Furiosa desenvaina la navaja ,  
Y como rayo rígido ó centella  
La de la Mancha con su gente baja :  
La soberbia andaluz , hecha una pella ,  
Por ser primera en el romper trabaja ,  
Y el tártaro , tras ellas encubierto ,  
Viene siguiendo el bélico concierto.

¡ Qué tajos temerarios y reveses  
Furiosos tiran , con que al mundo espantan !  
¡ Qué acerados escudos y paveses  
A fuerza de los golpes se quebrantan !

¡ Qué caterva de piojos montañeses  
A poblar el infierno se adelantan !  
¡ Qué máquina de pulgas acompaña  
Los que al infierno van de la montaña !

Rompe primero la andaluz caterva  
Con la atrevida gente de la Mancha ;  
Llegan adonde con la espada acerba  
El tábano feroz su espacio ensancha :  
Cuando contra la indómita y proterva  
Gente del piojo vió favor, su ancha  
Entonces con mayor esfuerzo esgrime,  
Porque viéndole el Cénzalo se anime.

Sale el fuerte Putrifola al momento ;  
Y con tanta soberbia y furia llega,  
Que derribando va de ciento en ciento  
Los infantes que lleva la manchega :  
El Fífolgel, con su favor contento,  
Su lanza entonces con esfuerzo juega,  
Y á las parejas el temido puiga  
Sus fuerzas con sus impetus divulga.

Cuando vió el barriliense la osadía  
Que con socorro de la chinche gente  
El atrevido montañés tenía,  
Y de la pulga el ánimo insolente,  
Anima su feroz caballería ;  
Y rompiendo furioso de repente,  
Hizo al caballo grillo que en un vuelo  
Le viese el Fífolgel y Caganielo.

¿ No has visto alguna vez, lector benino  
(No te ofenda mi rústico idioma),  
La multitud de aves que al camino  
Sale el agosto á procurar que coma ?  
¿ No has visto, digo, el miedo repentino  
Con que se ahuyentan si el azor asoma,  
Y con temores de perder la vida,  
Vomitan por las colas la comida ?

Pues de aquel modo, de la misma suerte,  
Cuando la pulga y piojo se encarnizan,  
Dando á la turba tábana la muerte,  
Y con rabia mayor se encolerizan ;  
Cuando el tártaro ven armado y fuerte  
De la uña del hombre, se deslizan,  
Y unos de espanto quedan medio muertos,  
Otros escapan de temor cubiertos.

Volando pasa en su caballo grillo,  
Que con bocados y furiosas coces  
Va matando más pulgas que el caudillo  
Con lanzadas mortíferas y atroces :  
Retiranse los piojos al castillo,  
Y al tábano y al Cénzalo da voces  
El tártaro, que al suyo se recojan,  
Y ellos entonces mucho más se enojan.

Póneseles con ánimo delante,  
Forzando á los dos reyes que le miren,  
Y dales á entender que es importante  
Que al castillo al momento se retiren :  
Pártense los soldados al instante,  
Antes que lleguen, y las chinchas tiren  
Las fuertes balas con que fuego pegan,  
Que está mirando el tártaro que llegan.

Retirada más linda ni á tal punto  
Historia verdadera no pregona  
En cuantas ha tenido el furor junto,  
El soberbio Gradivo con Belona :  
Sin duda fuera el tábano difunto,  
Y sin vida la cénzala persona,  
O ya que entrambos estuvieran vivos,  
Fueran del Mosquifuro dos cautivos.

Era sin duda el tártaro mosquino,  
Tras ser de tanta fuerza y tan valiente,  
De las cosas futuras adivino,  
Pues previno peligro tan patente :  
Apenas se retiran, cuando vino  
El Mosquifuro araña con su gente,  
Que en sola una rociada mil soldados  
Se llevó entre sus telas enredados.

No quiso el rey Sanguileon quedarse  
(Como suelen decir) en la ventana  
Mirando al toro; que ántes de vengarse,  
Mientras le agravian más, muestra más gana :  
A las abejas manda adelantarse  
Para que con su fuerza más que humana  
Rompan, si acaso tiene el Mosquifuro  
Con sus redes el campo mal seguro.

Y apretando las piernas al morcillo,  
Y la mano á su lanza temeraria,  
Arranca con su gente el gran caudillo,  
La muerte amenazando á la contraria :

Guarda, canalla hormigena, el cuchillo  
De tu vida, soberbia extraordinaria  
De la turba letrada y araña;  
Guarda: que va la muerte y su guadaña.

Corre la gente loca y furibunda,  
Y al sitio adonde se combate llega,  
Como el hinchado Moscas, cuando inunda  
De la encumbrada Cuenca la ancha vega  
Tala él campo su fuerza y baraunda,  
Con cuanto encuentra su furor anega,  
El estruendo del Júcar fortalece,  
Su caudal se mejora y furia crece.

Crece en el bando moscatel confuso  
El furor y la ira; que la gente  
Del rey Sanguileon en ellos puso  
Animo fiero y proceder valiente:  
Ya la soberbia y el rencor incluso  
Que estimulaba el corazon ardiente,  
Llamas vomita del oculto seno  
De vil furor y abrasador veneno.

No tardó el Granestor, que al mismo paso  
Que el rey mosca salió; luego al momento  
Los ijares lastima á su Pegaso,  
Y va partiendo con su curso el viento:  
De hormigas va cubriendo el campo raso,  
Que no hay para contarlas suma ó cuento,  
Mostrando á los contrarios sus adargas,  
Sus fuertes yelmos y sus lanzas largas.

No se descuelga por su madre angosta,  
Con la turbia color sanguinolenta,  
Con más ligero curso que de posta,  
Cuando á los vientos su carrera afrenta,  
De los cerros que el tiempo seco agosta,  
El arroyo veloz de la pimienta,  
Con cuyas aguas sucias Huécar loco  
Al coronado Júcar tiene en poco;

Como esta gente, que á la guerra y lucha  
Caballeros fortísimos y infantes  
Corren, bañando con la sangre mucha  
El suelo que se vió sediento ántes:  
En el centro del Erebo se escucha  
La voz de los heridos y matantes,  
Y saltan los espiritus alertos,  
Aguardando las almas de los muertos.

¡Qué de vitales hebras que se cortan  
En el verano de la vida, en verde!  
¡Que de términos largos que se acortan,  
Y qué de chusma del vivir se pierde!  
¡Qué de almas al infierno se trasportan!  
¡Que de caterva altiva el suelo muerde!  
Y entre piés de caballos ¡qué caterva  
Los astros miran de la suerte acerba!

Cubierta está la tierra de cabezas,  
Higados, asaduras y pulmones,  
Brazos, coradas, piernas y otras piezas  
Quitadas á los míseros varones:  
¡Qué de astutos ardidés, qué proezas  
Es necesario, fama, que pregones!  
Porque si no eres tú con tantas lenguas,  
¿Quién con una podrá, sin caer en menguas?

¿Quién creará de los hombrés que una guerra  
Si de muchos soldados, no gigantes,  
Aunque de horrendos mónstruos de la tierra,  
En fiereza á los otros semejantes,  
Que hasta en la cuadra celestial que encierra  
El planeta mejor de los errantes,  
Metiese el grito del furor prolijo,  
Convirtiendo en temor su regocijo?

Estando el sacro Júpiter comiendo  
Muy opiparamente, alegre y lauta,  
Riendo, que sin duda estaba haciendo  
Gestos la diosa Música en su flauta;  
La divina caterva (caso horrendo,  
Que aun hasta allí no fué la guerra cauta)  
Brazos y piernas de moscones vieron  
Que en la mesa beatífica cayeron.

César les hizo la comida y risa,  
Y aun á fe que mudaron los colores  
Algunas diosas, y con harta prisa  
Sintieron de las tripas los dolores:  
Hubo tambien necesidad precisa,  
Por causa de los pésimos olores,  
De que aplicasen perfumados paños  
De las narices santas á los caños.

Una cabeza de soberbio piojo  
Hizo quitar del mirador del cielo  
Al dador de la luz, que le dió antojo  
De ver por entre dos nubes el suelo;

Porque apenas mirando de medio ojo  
La tierra estuvo el dios, cuando en un vuelo,  
Si no se aparta, la piojil cabeza  
Maculara con sangre su belleza.

De la Pullia y Montaña fueran pocos  
Los que escapar pudieran, ó ninguno,  
Si no huyeran; que á todos como á locos  
Les diera muerte el tártaro uno á uno:  
Solo en su contra queda haciendo cocos  
El Mosquifuro astuto y importuno,  
Que arremetiendo por sus gentes gruesas  
Mil almas lleva entre sus redes presas.

Mas ¿quién pudiera al paso del deseo  
Llevar por el papel la torpe pluma,  
Y de las cosas que á montones veo,  
Cifrar aquí con distincion la suma?  
Allí el estruendo de Letiria feo  
Con el ancho pavés y lanza abrumba  
El Mirmilion, que há tiempo ya que calla,  
Porque obra más que dice en la batalla.

Con la vista al Putrifola amenaza,  
Que del tártaro astuto se retira,  
Pero el chinche valiente al punto traza  
La muerte ó el asombro al que le mira:  
Dispárale dos granos de mostaza,  
Que son las balas que encendidas tira,  
Llenas de fuego artificial; mas luego  
Abre camino el Mirmilion al fuego.

Aparta á un lado el zángano, y no aguarda  
Que las balas le toquen á la ropa;  
Que aunque fuera de acero, hará que arda  
Tan grande fuego cual si fuera estopa:  
Pasan como de tiro de bombardas,  
Y con la chusma mirmiliona topa  
El un globo y el otro, y los dos juntos  
Dejaron veinte míseros difuntos.

Allí la raspilanza de Mirnuca  
Entre todas las otras resplandece,  
Que con terribles impetus trabuca  
Todo cuanto delante se le ofrece:  
Allí con más rigor la flor caduca  
De la dispuesta juventud perece;  
Que aunque el Mirnuca es viejo, son sus años  
Ministros fieros de mayores daños.

El grande barriliense le acomete:  
Aquí sí que se escuchan golpes raros;  
Que el eco cada cual del suyo mete  
En los retretes de la luz avaros:  
El uno y otro general jinete  
Furiosos aperciben los reparos;  
Este la costra del rocín matado,  
Y aquel la dura escama del pescado.

La raspa y lanza con soberbia abaja  
La hormiga contra el tártaro, y sañuda,  
Los piés aprieta, y con furor ultraja  
Los ijares hinchados de su aluda:  
Su caballo veloz dé más ventaja  
Hace el pagano tártaro que acuda,  
Y en la mano derecha afierra el asta,  
Que no es la del Mirnuca mejor casta.

Un gato montañés de su bigote  
Le dió la lanza al tártaro pagano,  
A cuya fuerza y tremebundo bote  
No hay escudo seguro ó peto sano:  
Pónelos juntos el ligero trote,  
Y arrímanse las puntas; pero en vano  
Esta á la escama del pescado llega,  
Y la otra á la uña se le pega.

Pasa el Mirnuca adonde la de Arjona  
Su fuerza grande y de los suyos presta:  
A la fiera caterva mirmiliona  
Entre la chinche y Mosquifuro puesta:  
Mil almas en sus redes aprisiona  
El araña, y con máquinas molesta  
El Putrifola chinche; que sus balas  
Siempre á los mirmiliones fuéron malas.

Pero de todas la mejor hazaña  
Fué la del rey Sanguileon, que viendo  
Que se iba de sus gentes la campaña  
Por el araña vil disminuyendo,  
Furioso arremetió contra la araña,  
Yendo delante el furibundo estruendo  
De las abejas, que la red espesa  
Quebrantaron, quitándole la presa.

Hizo el fuerte Mirnuca grandes pruebas  
Contra el famoso Mirmilion mosquito,  
Del estrago llevándole las nuevas  
Al rey Sanguileon el triste grito:



No visitaran sus oscuras cuevas,  
Ni vieran de sus montes el distrito  
Los mirmiliones otra vez, si acaso  
El rey Sanguileon no alarga el paso.

La simiente del cáñamo se cala  
Sobre la real indómita cabeza,  
Y va sobre el morcillo, que la bala  
No hiende el viento con mayor presteza:

Llega al Mirnuca, que soberbio tala  
Del bravo Mirmilion la fortaleza,  
Y arrímale el agudo porcipelo,  
Y échale de la silla por el suelo.

Dió el general hormiga tal caída,  
Y fué el ruido de sus armas tanto,  
Que fué por el ejército extendida  
Su desdicha cruel, pena y quebranto:  
La tierra temerosa, que ofendida  
Se vió del golpe que le puso espanto,  
Se estremeció de suerte, que la tierra  
Pensó que el gran Mirnuca le hacia guerra.

La gente de su ejército mirando  
Su general en tierra, temerosos  
Ya iban á la fuga los piés dando,  
Para esto hasta aquel punto perezosos:  
El Granestor mirólo, que matando  
Estuvo en muchos trances peligrosos  
Infinitas catervas, á despecho  
Del tártaro feroz y de su pecho.

Pero viendo cubiertos los caminos  
De hormigas que iban con temor huyendo,  
Perdónales la vida á los mosquinos,  
Que la estaban con él ántes perdiendo:  
Tras ellos corre, y diceles: «Mezquinos,  
¿Adónde vais sin vuestro honor corriendo?  
¿Quién os ahuyenta, cuando un monte dejo  
De muertos, y de sangre un mar bermejo?»

«¿Tan presto, temerosos, se os olvida  
La pitónica sangre que sorbieron,  
Donde la estirpe vuestra disminuía  
Por estos viles, vuestros padres vieron?  
Pues ¿dónde caminais, sin ser vertida  
Más sangre de sus cuerpos, que bebieron  
Del lago del Piton, origen claro  
Que ha dado al mundo vuestro ingenio raro?»

«Volved sobre vosotros y sobre ellos,  
Y con esfuerzo sacudid el yugo  
Que oprime cada día vuestros cuellos,  
Dándoos la guerra por mortal verdugo:  
Que hoy echaréis del gran valor los sellos,  
Si estos que chupan el ajeno jugo,  
Las vidas pierden por las fuerzas vuestras,  
Que pusieron estorbo á tantas nuestras.

«Seguidme á mí, que vuestro rey me llamo,  
Y me veréis, soldados, cómo entro,  
Y con mis armas su bullicio infamo,  
Dando sus almas al profundo centro:  
Veréis dellos la sangre que derramo,  
Y con mi lanza aguda en este encuentro  
Cuántos nudos les corto de las vidas,  
Con que las partes dos están unidas.

«Veréis con cuánta fuerza descalabro  
La cabeza del vulgo cenzalino,  
Y en el cuerpo del tártaro rey abro,  
Para sacarle el alma, real camino:  
Veréis, si me seguís, cómo los labro  
De fuego, con el fuerte y repentino  
Que acompaña mi furia, con que abraso  
El ejército vil por donde paso.»

No le dejó la cólera amarilla,  
Que bien el rostro la color mostraba,  
Que acabe entonces su razon, y trilla  
El camino que al campo le guiaba:  
Como una furia va sobre la silla  
Del animal hermoso, que enseñaba  
Por su cola la luz que en la Mosquea  
Halló de vaca la cabeza fea.

Con estos dichos y palabras tales  
Todos los flacos ánimos se encienden;  
Que pueden mucho persuasiones reales  
Cuando á los suyos reducir pretenden:  
Dejan la fuga los vasallos leales,  
Y por en medio del contrario hienden,  
Rompen, destrozan, cortan, hieren, matan,  
Atropellan, sojuzgan, desbaratan.

¡Qué de moscones fuertes prenden vivos,  
Metiéndolos en cárceles oscuras!  
¡Qué de hormigas feroces van cautivos  
Y los esconden en prisiones duras!

¡Qué bravos mirmiliones vengativos  
 Padecen impensadas desventuras!  
 ¡Qué de chinches, de máquinas cargadas,  
 Viven á muerte infame condenadas!  
 Ya no hay lugar en todo el campo adonde  
 Se pueda pelear; que la matanza  
 La superficie de la tierra esconde:  
 ¡Oh fiera inclinación á la venganza!  
 El pequeño lugar que corresponde  
 Al agudo remate de una lanza  
 No se hallará de campo descubierto  
 Sin sangre roja ó enemigo muerto.  
 Ya los caballos el rigor no sienten  
 De la dorada espuela ó acicate,  
 Y solo sirve de que allí revienten  
 Cuando el ijar cansado se les bate:  
 Ya los fieros soldados no consienten  
 Que dure más el bélico combate,  
 Cuando no sufre el cuerpo la acerada  
 Malla, ni el brazo la sangrienta espada.  
 Como los galgos que la lengua estiran,  
 Y con la fuerza del cansancio anhelan,  
 Que aunque la liebre por los campos miran,  
 No la persiguen ni tras ella vuelan:  
 Entre la sombra y matas se retiran,  
 Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,  
 La fatiga sus miembros embaraza,  
 Sin que se atrevan á seguir la caza;  
 Rinde á la fiera gente la fatiga,  
 Y se apodera de sus fuerzas ántes  
 Que los sujete y rinda la enemiga  
 Espada de contrarios arrogantes:  
 No se ve hormiga que á la mosca siga,  
 Ni chinche que las balas penetrantes  
 Tire al mosquito, ni caballo ó yegua  
 Que ya no ponga á sus carreras tregua.  
 Vuélvese el cielo décimo entre tanto  
 Que duraron los bélicos furoros,  
 Precipitando tras su moble cuanto  
 Se encierra en las esferas inferiores:  
 Tendió la noche su medroso manto  
 Por el largo Océano, y los temblores  
 No la dejaron que en el manto ingiera  
 La plata hermosa de la octava esfera.

Ya al galope Flegon, Eoo y Etonte,  
 Y el rígido Piroo bajan las frentes,  
 Y del Címico mar el horizonte  
 Dejan, y en triste luto á los vivientes:  
 Ya el sol dejaba al más altivo monte  
 Privado de sus rayos, que aunque ausentes  
 A ver el furor bélico estuvieron,  
 Por entre espesas nubes su luz dieron.

Cuatro caballos pálidos tirando  
 Iban el coche de la diosa negra,  
 Y temor el gigante acompañando,  
 Más temido que fueron los de Flegra,  
 Por sus pasos el sueño iba sembrando  
 Lo que al cansado labrador alegra,  
 Pues no tiene su vida mejor dueño  
 Que cuando vive sepultado en sueño.

Con la lóbrega noche fué Morfeo,  
 Trajes mudando y lenguas diferentes,  
 Y Fabetor, más vario que Proteo,  
 Trasformándose en aves y serpientes:  
 Mostrando fué el temor su rostro feo,  
 Entorpeciendo las mortales gentes,  
 Tomando por ministro para el caso  
 Las espantables formas de Fantaso.

Cierra la noche de la luz las puertas,  
 Y el sitio adonde se batalla mide,  
 Y á las catervas de cansancio muertas  
 La guerra por entonces les impide:  
 Las unas y otras, con temor despiertas,  
 Treguas ponen entre ellas, y despide  
 La noche el fuego y bélico aparato,  
 Hasta que toque el alba otro rebato.

Saben los retirados los conciertos,  
 Y quitando á sus fuertes los cerrojos,  
 Sacan dos mil lucérnigas, que abiertos  
 De sus cuartos traseros traen los ojos:  
 Buscan las moscas sus soldados muertos  
 Entre la turba, el Fífolgel sus piojos,  
 La pulga sus catervas, y la araña  
 Los pocos muertos suyos en campaña.

Entierran las hormigas sus difuntos,  
 Dándoles en el campo sepultura,  
 Y cuentan los minutos y los puntos  
 Con que pasando va la noche oscura:

Pártense los cansados todos juntos ,  
Mientras de su sosiego el tiempo dura ,  
A gozar de las treguas , y entre tanto  
Descansan de la guerra , y yo del canto.

## CANTO XII.

Al són del arma despertó la aurora,  
Temerosa dejando sus umbrales,  
Vertiendo, en vez de lágrimas que llora,  
Las perlas de sus ojos orientales:  
La santa luz del sol, que el mundo adora,  
Anunciaba á los miseros mortales,  
Renovando á sus cuerpos el quebranto,  
Y ella á sí misma por Memnon el llanto.

A la cuadra del sol las horas bellas  
Fueron con lento y perezoso paso,  
Quitándoles la luz á las estrellas,  
O haciéndosela dar con rayo escaso ;  
Y despertando á Febo la una de ellas,  
Eunomia, diputada para el caso,  
Contando la salida de la aurora,  
Hizo salir al sol la bella hora.

La noche negra con su vista escapa,  
Y al paso que su manto va cogiendo,  
Tienden las nubes de humedad la capa,  
Al sol que va su cara descubriendo :  
Con ella á los mortales su luz tapa,  
Mientras sobre el ejército corriendo  
Pasa, y cubierto del espeso muro ;  
Que en guerra tal no vive el sol seguro.

Las moscas atalayas que velando  
Toda la noche lóbrega estuvieron,  
Estaban á los suyos espantando,  
Los sucesos contándoles que vieron :  
Muchas aves nocturnas que volando  
Andaban por los aires, conocieron  
Los agoreros tristes, que en sus voces  
Juzgaban á los hados por atroces.

Tras la corneja el buho veces varias  
Por las sombras se vieron, y las suertes  
Se mostraron esquivas y contrarias,  
Amenazando con infames muertes :  
Si alguna vez las altas luminarias  
Dejaron verse, sus efectos fuertes  
Al uno y otro campo descubrian,  
Tales, que de enemigos parecian.

Echaron los astrólogos juicios  
Por las constelaciones de los astros,  
De malévolos todos dando indicios  
Conjeturables y siniestros rastros :  
Ningunos ¡ gran dolor ! fueron propicios ;  
Todos dieron señales de padrastrós ;  
Con la desnuda espada el rey Cefeo,  
Y con la vil Gorgonia el gran Perseo.

Los miembros del dragon Hesperio oprime  
Tirintio valeroso, que la maza  
Otra vez con denuedo y fuerza esgrime,  
Y con muerte segunda le amenaza :  
Desde su trono Júpiter sublime  
El rayo ardiente, de Vulcano traza,  
Colérico arrojó con truenos altos,  
A la tierra causando sobresaltos.

Dando aullidos y voces el mochuelo,  
Pasó por el ejército con queja  
De la triste señal que daba el cielo  
De que infinitas muertes apareja :  
A la siniestra mano echó su vuelo,  
Grazando tristemente, la corneja,  
Y el cuervo dijo la desgracia en vano  
Cuando echó el vuelo á la derecha mano.

¡ Oh entendimiento bárbaro y siniestro  
De la hormigena turba y la mosquina,  
Cuya desgracia lamentable nuestro  
Por ser la más notable y peregrina !  
¿ No os predijo volando el daño vuestro,  
Vuestra desgracia y misera ruina,  
La trasformada en ave Nictimene,  
Si esta más que las otras la previene ?

Quando las liendres en honor matastes  
Del dios armipotente, ¡ oferta rara !  
Y el futuro suceso examinastes,  
Poniendo humor sabeo ante su ara,